

Una fría mañana

Autor/a: Daniel Fernández Vargas

Origen: Málaga, España.

Publicada: 6 de febrero, 2006.

Marco temporal: Guerra Civil Galáctica.

Género: Relato corto.

Resumen: La mañana que vive Han Solo el día de la fatídica Batalla de Hoth. Sus pensamientos, vivencias e inquietudes en esos momentos que enlaza justo en el inicio del Episodio V.

Un escalofrío recorrió su espalda. Cuando entre gruñidos de frío y torpes movimientos alcanzó a tientos su pulsera multifunción y aún entre sueños vislumbró los dígitos que se reflejaban en la pantalla de la miniconsola, un pellizco desde el estómago lo sacó de forma brusca de su vigilia: ¡Otro corte de energía! No podía creerlo. Le bastó un salto para deshacerse del abrigo de la cama y llegar hasta el suelo.

– ¡¡¡Aaayyyy!!! – improperios corellianos salían a ladridos de su boca al comprobar que sus pies se encontraban en un gélido charco de agua. – ¡¿Pero qué es lo que...?!

De pie en ese charco, en medio de aquella habitación totalmente a oscuras, saturada de aquel insoportable frío que tanto detestaba y que después de todos esos meses aún no se conseguía acostumbrar. “No hay recompensa que compense esto” se decía una vez más para sí.

– ¡Maldita sea! – refunfuñaba entre dientes mientras salía a toda prisa de sus aposentos, colocándose bajo el abrigo, y como podía, el cinturón del que colgaba su bláster pesado mientras luchaba por no tropezar contra el personal que a esas horas circulaba por los estrechos pasillos esculpidos entre el hielo.

Cruzó como una exhalación la compuerta que conducía a la Sala del Comando Central buscando ansioso con la mirada, entre el hueco que dejaban los holopaneles y las cabezas del resto de compañeros, a una figura que, últimamente, no se podía apartar de la mente. De pronto, la voz de esa figura se materializaba desde atrás:

– ¡Capitán Solo! Me alegra comprobar que ha decidido pasar un día más entre nosotros.

Han se detuvo. Contuvo un instante la respiración y empezó a volverse lentamente hacia ella, prolongando el momento en que sus ojos tropezarían con los suyos; adoptando para recibirla, poco a poco, esa irónica sonrisa que sabía a ella tanto fastidiaba. Y allí estaba. Ataviada con un moño blanco cerrado con un peto acolchado en el torso, tocado recogido y semblante firme, la Princesa Leia Organa del desaparecido planeta Alderaan lo miraba con la cara de una institutriz severa que ha sorprendido a su pupilo faltando a clase.

– ¡No es culpa mía!... – empezó a decir apresuradamente él.

– Empezábamos a creer – interrumpió ella – que habías decidido marcharte sin tan siquiera una breve despedida.

– ¡Hey!, Excelencia – interpuso rápidamente, cambiando el tono de culpabilidad inicial y recalando lentamente esa palabra que sabía tanto la molestaba – Cálmate; sería incapaz de marcharme de esta cálida base sin dejar que me dieras un tierno beso de despedida. No estaría bien. – dijo acabando con una amplia sonrisa.

Leia fijó su mirada, reforzó su rostro y reprimió un suspiro.

– Bueno, mira, – interrumpió rápidamente él para cortar su respuesta – no ha sido culpa mía. Alguien ha debido sobrecargar la calefacción local del ala y ha hecho estallar los turbocables que conducen el agua. Mis aposentos están sin energía, con un enorme charco de agua helada y un frío insoportable. Dime... – dijo acercándose un poco más y fijando sarcásticamente su mirada en los ojos de ella mientras arqueaba sus cejas a la vez que volvía a poner esa sonrisa – ¿sabes de alguien de mi mismo ala que pueda echar tanto de menos a un tío tan guapo como yo, que tenga que requerir tanto calor en su alcoba?

– No sé de donde sacas esas ilusiones, cabeza de chorlito. – Respondió ella resignadamente con un ademán de negación mientras se forzaba a no inmutarse.

– Buenos días, Princesa – resonó una voz que se acercaba.

Ambos se giraron a la derecha de la sala, viendo acercarse al General Rieekan.

– ¿Tenemos noticias del Comandante Skywalker acerca de la pérdida de señal del Sector 7?

– Aún no, General. – Respondió Leia – Ha surgido un pequeño problema en el suministro de energía – dijo girando su mirada a Han, consciente de la tensión que creaba – que nos ha obligado a realizar una distribución de funciones de última hora y Luke se ha ofrecido voluntario para cubrir una ronda que no tenía programada inicialmente en el extrarradio. A la vuelta nos ha confirmado que se encargará de valorar esos sensores.

– Precisamente, General, – interrumpió Han – le estaba comentando a la Princesa que me disponía a colocar los sensores que faltaban en ese sector y podría encargarme de intentar averiguar qué ocurría con los que no emiten señal. Precisamente ahora que ando reensamblando el Halcón estoy muy familiarizado con ese tipo de montaje y transmisión.

– Estupendo, Solo. – respondió Rieekan – Veo que es mucho más que un buen luchador; créame que le echaremos de menos cuando diga de marcharse. Ahora si me disculpan...

Leia y Han asintieron y el General Rieekan desapareció apresuradamente sumido en sus pensamientos por la compuerta que llevaba al pasillo principal.

– Gracias. – Dijo Han de forma más bien seca. Admiraba a Rieekan desde que le conoció cuando era todavía un cadete en la Academia Imperial y después de todos esos años, todavía se sentía como un recluta delante de él cuando creía que no había cumplido con su deber – No fue idea mía quedarme dormido. Gracias por cubrirme. No quiero que mis tareas en el Halcón interfieran con lo que me comprometo a hacer...

– Avisaré a Luke de que te encargas de eso – interrumpió Leia quitándole importancia al discurso de Han – No necesitas disculparte por nada. Además,

hemos de saber adaptarnos de forma rápida si al final decides marcharte y tenemos que prescindir de ti.

Cuando la Princesa Leia acabó de decir esas palabras y Han se encontró con sus ojos, no esperó ver lo que encontró. Quedó indefenso por un momento notando que el corazón se le encogía un poquito. Las palabras se le quedaron entrecortadas en la garganta, sacando un suspiro.

– Hasta luego, Princesa – dijo cuando pudo reaccionar, apartando bruscamente los ojos de su mirada y saliendo rápidamente de la sala sin darse cuenta que Leia no dejó de mirarlo hasta que la puerta se cerró a sus espaldas.

“No debí despedirme así”, se decía mientras llegaba al hangar principal con los sensores y equipo de diagnosis cargados en su espalda. “A veces lo hago muy difícil”.

La mañana se había presentado soleada. “Maldita sea”, se decía mientras cabalgaba a lomos del Taun-Taun por las gélidas praderas heladas de Hoth. Miles de pensamientos desfilaban por su mente. Demasiadas cosas en qué preocuparse. Necesitaba aclararse.

Aún así, daba gracias por tener que estar ocupado y centrarse en colocar y revisar esos malditos sensores. En cuanto regresara a la base, tenía que agradecer a Luke que le sustituyera hoy. El muchacho sabía muy bien lo que Han odiaba las rondas de vigilancia, especialmente, en el extrarradio. Aunque se suponía que debían ser en las que más atentos debían estar por encontrarse en terreno no explorado, en aquel “cubo de hielo no había vida suficiente para llenar un crucero espacial”, tal como solía decir, por lo que le resultaban insoportablemente interminables y aburridas. “Hasta sería capaz de perdonarle la que me debe” se dijo sonriendo para sí.

Había pasado los últimos días demasiado concentrado en el Halcón Milenario para preparar su partida. Se quedaba hasta tarde con Chewie preparando las mejoras, tal como había ocurrido la noche anterior. No era justo que su socio trabajara solo las reparaciones y preparativos mientras él dedicaba tiempo a la Alianza con la que, precisamente, se supone no debía tener aquel tipo de compromiso. Las últimas mejoras que querían introducir tenían que adaptarlas al maldito frío del planeta tal como estaba intentando hacer el resto de la base con las naves. La temperatura que alcanzaba el planeta desde la caída de la tarde impedía el despegue de cualquier aeronave pequeña. Los circuitos se bloqueaban por la mala transmisión de la electricidad al congelarse y los alerones y timones no podían maniobrar al quedar bloqueados por el hielo que se formaba en el fuselaje. El frío era tal que a veces incluso el sistema de refrigeración no podía impedir que el combustible se solidificara. Un enriquecimiento de la mezcla junto a la combinación de unos gases en el sistema de refrigeración y tuberías de los cazas empezaba a solucionar el problema del combustible, y se estaba trabajando a marchas forzadas para establecer una aleación que impidiera la formación de hielo en el fuselaje. Estaban demasiado expuestos ante un ataque nocturno, y todos lo sabían. La mayor parte del personal de mantenimiento se dedicaba en pleno a la adaptación de las naves. Sin embargo, él se encontraba solo con Chewie para preparar el Halcón, teniendo que cumplir además con las obligaciones que, un ya molesto sentido del deber, le había comprometido con la Alianza.

Tenía que decidir pronto qué es lo que haría. Saldar la deuda que tenía con Jabba el Hutt debía ser lo más prioritario ahora. De hecho, aún a falta de completar totalmente las mejoras, el Halcón podía despegar y hacía días que había comentado su próxima marcha, pero no encontraba el momento de despedirse. Y cada vez que

se ponía a pensar en ello, no encontraba la razón por la que todavía se encontraba allí... o tal vez no la quería reconocer. La Alianza Rebelde se encontraba muy falta de medios y sabía que alguien como él les venía muy bien. No tenía compromiso alguno con ellos, sin embargo, se encontraba cada vez más involucrado. Había momentos en que olvidaba que aquel no era su sitio. Se sentía bien y se obligaba a no querer saber el por qué. Pero el encuentro que hace poco tuvo en Ord Mantell le hizo bajar a la realidad donde se encontraba.

Era un contrabandista que había acabado de casualidad formando de nuevo parte de una organización militar. Cuando hace ya tantos años en Kashyyyk tuvo que desertar de la Marina Imperial a marchas forzadas ganando a un peludo compañero, se juró que jamás volvería a formar parte de algo donde tuviera que aceptar órdenes. Algo donde fuera un peón al mando de unas órdenes dictadas por superiores preocupados únicamente por conseguir objetivos de grandeza y poder para un bien superior donde, sin embargo, hacía tiempo había desaparecido el interés por el bien común. Grandeza y Poder. El Imperio. Pero era muy consciente que aquello no era el Imperio.

Aún así, se negaba a perder la independencia por la que tanto había luchado y se había sacrificado. Para bien o para mal, ahora era él el que decidía. Nadie iba a intentar obligarle de nuevo a hacer algo que va contra sus principios tal como intentaron hacer en Kashyyyk. Él ahora solo recibía órdenes de una persona: de él mismo. Aunque fuera un milagro, tal como le dijeron una vez, que todavía siguiera con vida.

Arrodillado sobre la nieve mientras acababa de colocar y reiniciar aquel sensor, una sonrisa se dibujó de forma inconsciente en su rostro. Recordó quién le había dicho esa frase. Al instante apareció en su mente el momento que vivió en la sala del Comando Central. Esa mirada. Por un momento pudo revivirlo de nuevo. Entró en el interior de esos ojos negros viendo algo que sabía debía ser una falsa ilusión. Por un instante, pareció que toda la galaxia había quedado en silencio para que ambos pudieran mirarse. La mirada con la que Leia le contemplaba hizo que le volviera ese nudo que se ponía en el estómago cuando alguien llegaba a ese sitio donde un mercenario niega poseer. Por un instante sintió la caricia que se negaba a desear. La caricia que se negaba a anhelar de la mujer que había provocado el plantearse la vida que llevaba. La mujer que le exasperaba. La mujer a la que no podía reconocer que le había anclado en ese planeta a pesar del alto precio que tenía puesto su cabeza. La misma mujer por la que debía partir de inmediato de ese sistema para poder olvidarla. La mujer que le había hecho creer que las Princesas que uno no podría imaginar podían existir. La mujer con la que, muy de vez en cuando y en secreto, se había dejado ilusionar en lo más interior de sus sentimientos... "Una princesa y un tipo como yo..."

Súbitamente, un chasquido de estática seguido de una voz familiar lo sacó de sus pensamientos:

- Echo Tres a Echo Siete. Han, viejo amigo, ¿me oyes?

FIN

por Daniel Fernández Vargas